Precio de suscripción

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.

Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.—MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES Á PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II ‖ MURCIA.-Martes 17 de Septiembre de 1907 ‖ Núm. 326

Fracaso solidario

El ilustre ex-jefe de los republicanos españoles está de pésame. Su obra, su conglomerado solidario principia á resquebrajarse, mostrando á todo el mundo que la unanimidad de pareceres no es el punto fundamental que afirma su labor. Tantas veces nos pregonó la identidad de opiniones dentro del principio que le dió vida, tantas veces nos dijo que la hemogeneidad de ideales era parecida en todos, que principiamos á creerlo, considerándonos tal vez engañados; mas cuando nadie lo esperaba, cuando ninguna persona podía creer en el rompimiento, porque la predicación de la buena nueva iba á comenzar por provincias, he aquí que salta el primer chispazo, que nace el millonésimo disgusto y que toda la campaña de propaganda, aplazada en cincuenta ocasiones distintas, se viene á tierra con desagradable estrépito, poniendo en evidencia al más filósofo, pero también al más iluso de los políticos españoles.

La solidaridad catalana, que ni aún en aquella hermosa región tiene razón de ser, es completamente absurda en las demás provincias. Desde que se imaginó tan descabellada obra, lo único que se ha conseguido es darle vida al carlismo, muerto y enterrado antes; al republicanismo, al contrario de lo que se quería, le ha restado fuerzas, contribuyendo de manera necia á creer las escisiones que lo dividen ahora y lo ponen en trance de ser vencido en regiones donde antes era dueño absoluto. Salmerón, que quiso hacer una cosa estimable, equivocó el camino, pues no era ese el que debía seguirse. La ruta marcada estaba en la solidarización de todos los partidos demócratas, formando el bloque de las izquierdas que pide el ilustre Melquiades Alvarez. Un conglomerado de todos los liberales, la unión de cuantos sienten ideas democráticas, pudo ser hecha por el insigne filósofo; mas se dejó engañar con falsos relumbrones y dió una caida mortal, pues ni ha hecho obra duradera, ni republicana ni patriótica.

El golpe de la Coruña, primer punto en que debía comenzar la campaña antirrepublicana, debe servirle de lección, para no continuar haciendo el tonto por esas capitales de Dios. En todas partes no habia de encontrar la necedad y la estupidez triunfantes y así ha sucedido. La Coruña, que siempre fué muy liberal, no gusta de pactos con los enemigos de siempre, con los amigachos de aquella hienas que se llamaron el Cura de Santa Cruz y Rosa Samaniego. Si en un principio, equivocados como tantos otros, acogieron la idea con simpatia, buscando con la fraternización el progreso, pronto se han desengañado; porque no hay peores enemigos de lo moderno que esos fanáticos que todavía creen en el demonio.

Salmerón, que en su época de mando fué el peor enemigo de la república, también en esta su época de aspiraciones es el mismo. La ambición, que se le subió á la cabeza, no le deja reflexionar y comete los disparates mayores con la más admirable de las frescuras. Hasta ahora ningún fracaso le ha contenido y sale de un ridículo para entrar en otro, empleando contra la libertad fuerzas que, bien dirigidas, harian mucho por el progreso. Si desde que se le metió en la cabeza la idea de la solidaridad hubiese empleado sus energías laborando contra la rutina y el atraso, hoy estaríamos más adelantados; mas el deslumbramiento de la necedad lo cegó y el ridículo, comenzado en Barcelona, sigue por la Coruña y concluirá donde él termine.

PLUMAZOS

Bombeando á Don Juan

«La Epoca», destinada por los conservadores á alabar todo lo que ellos hagan, cumple su cometido fielmente. El sesudo *colega no deja escapar ocasión propicia para entusiasmarse con los proyectos de nuestros bienaventurados gobernantes. Un dia hablando de Maura, otro de Allendesalazar, siempre tiene á mano material suficiente con que ensalzarlos por manera pasmosa y nunca vista.*

Hoy le ha tocado la vez con el bueno de Lacierva. Malhumoradillos como debían de andar por los frecuentes descalabrados sufridos por el gran hombre de Mula, se han agarrado al proyecto de reformas en Policía con las ansias de los impacientes desesperados, y han vaciado sobre el Chamberlain en embrión el tintero *de las alabanzas. Desde el aumento de sueldo—aumento que no hay—á los individuos del cuerpo, hasta lo de mejoramiento de personal—que no pasa de ser una de las muchas ilusiones del ministro,—todo lo encuentran inmejorable, digno de causar verdadero regocijo en los que se preocuparan de cosa de tan honda trascendencia como la benditísima reforma... Si hasta aquí tuvimos un servicio de Policía detestable, de hoy más y merced á la obra maestra de Lacierva lo tendremos tan bueno ó mejor que cualquier nación extrangera.*

El caro colega conservador, sin pararse á reflexionar acerca de aquello de «los testimonios apasionados», etc. casi da el suyo en su empeño de hacernos ver que no habla á humo de pajas y por el solo gusto de satisfacer á nuestro inconmensurable Lacierva. Y pensándose en ello razonablemente se comprende el por qué de tal manera de obrar. El gran hombre muleño, cuya gallarda figura eclipsa hoy á todos los grandes hombres de la política, no puede hacer nada si no á derechas, conforme debe hacerlo todo hombre de su magestuosa apostura. Y á derechas lo hace; sólo que si le sale á torcidas...

No todos son adivinos para prever tal fracaso, así como no es de muchos el hacer bien las cosas. Nuestro buen don Juan no tiene la culpa de contingencias por el estilo.

¡Admirable don Juan!

NAZARIN.

Información especial

Origen de la bandiera española

¿Quién al hablar de la bandera española no ha citado en prosa ó verso el pabellón de Pelayo, la enseña de las Navas, de Lepanto ó de Pavia? Y sin embargo, la actual bandera de España, amarilla y roja, no es nacional en rigor más que desde el año 1843, en que fué dada uniformemente al ejercito. Antes lo era sólo de la Armada, desde 1785, en que Carlos III la dió á la marina de guerra, con el escudo y la corona real, y á la mercante, sin escudo ni corona y con dos listas más estrechas que la amarilla del centro.

Luego la actual bandera data de 1785. ¿Y cual fué el origen? ¿Un capricho de Carlos III? La bandera roja y amarilla era la del reino y corona de Aragón, y á su vez esa bandera tenía por origen el condado de Barcelona. Los dos colores rojo y amarillo, son los del escudo de la ciudad condal, atribuido por la tradición á Vifredo I, suponiendo que sobre su escudo de oro puso cuatro barras encarnadas pintadas con un moho, dedos mojados ¡que bárbaro! en la sangre que manaba de su pecho al morir herido en la guerra. Realmente el escudo de Barcelona tiene su origen en Ramón Berenguer I, y con él, por tanto, la bandera amarilla y roja. Las Cortes de Barcelona de 1396 declararon que esa era la bandera de la ciudad.

Por el casamiento de Ramón Berenguer IV, último conde de Barcelona con la hija y heredera de D. Ramiro II de Aragón, doña Petrolina, las armas y banderas de Barcelona pasaron á las armas y bandera de Aragón en 1.137. Las primitivas armas de Aragón, tomadas por Pedro I, eran la cruz de Jorge y cuatro cabezas de moros en los cuatro cuarteles formados por la cruz; el color de la bandera desde la reconquista era el blanco.

Adoptada por Aragón la bandera catalana, ésta pasó á ser la de Aragón al ir extendiendo sus estados. Allí la bandera roja y gualda no es sólo con el tiempo la de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca, sino que después de haberlo sido de Murcia, ondeó en los reinos de Cerdeña, Córcega, Sicilia, Nápoles, Malta y Jerusalén, en los condados de Pulla y Calabria en la Provenza, en el Parthenon de Atenas y en la cúpula de Santa Sofía en Constantinopla (Bizancio) llevada por catalanes y aragoneses.

Al unirse las coronas de Aragón y de Castilla en las personas de los Reyes Católicos, nada se convino respecto de las banderas, sino sobre los escudos.

La bandera de Castilla era entonces roja no morada, como algunos han creido, pues el llamado pendón de Castilla, color morado, no existió jamás; su uso es un error histórico. D. Fernando no quiso tratar la cuestión de las banderas abundando en su buen sentido político, porque así como al tratarse de escudos, estos se unen formando cuarteles, con las banderas no cabe mas que dejar una para tomar otra y D. Fernando temió herir las susceptibilidades de los castellanos. Así España, al quedar constituida por lo unión de las coronas de Aragón y Castilla en don Fernando y doña Isabel, no tuvo una bandera nacional; parece extraño pero así fué. Sucedió que en la guerra, cada capitán, cada general, cada almirante usaba su bandera en cada ejército y escuadra: por eso las banderas que se conservan en nuestros museos, en la Armeria, en los templos, etc., etc., de las naves de Lepanto son distintas entre sí.

No obstante, el rojo y el amarillo se hacen colores nacionales. Rojo y amarillo es el uniforme de la guardia española, creado por los Reyes Católicos, base del Ejército español; rojo y amarillo el uniforme de los primeros tercios, creados por el Cardenal Cisneros; rojo y amarillo el estandarte de Carlos I; igualmente los uniformes de los trompeteros de Carlos de Lanuy, en París, y las plumas de su casco; rojo y amarillo el uniforme de los tercios de Flandes.

La cuenta de la Cancilleria de la corona de Aragón era roja y amarilla por reglamento de D. Pedro IV el Ceremonioso en sus célebres ordenanzas, y luego fueron por lo general, los colonos de la Cancilleria de los Reyes españoles de la casa de Austria.

Por eso tal vez el mundo mismo no atribuia esos colores como nacionales, prueba de ello que en los cuadros de pintores flamencos de los siglos XVII y XVIII y aun en algunos de XVI, que representaban batallas en que figuraron españoles, las banderas de sus barcos y de sus tercios eran amarillas y rojas: algo habria que tan generalmente inspirase así á los pintores.

Además, siendo la bandera de Aragón roja y amarilla y roja solamente la de Castilla, ésta quedaba incluida en la de Aragón ¿qué duda cabe? en buenas leyes ó usos de heráldica. Así Carlos III, hombre reflexivo é ilustradísimo, al adoptar para la marina española esa bandera roja y gualda, procedía con perfecta lógica dentro de la historia. Y si los colores de la bandera deben ser los mismos del escudo, como la heráldica prescribe, los escudos de Aragón y de Castilla son precisamente rojos y amarillos. Castillo de oro sobre campo rojo.

Todas las circunstancias concurren á la formación de nuestra bandera actual.

Así, realmente en Cataluña, no se puede izar mas bandera catalana que la misma española.

X

¡NO PUEDO!

A la linda señorita ciezana Paquita Baldrich

Quiero tu retrato
bosquejar en verso,
describir el conjunto de gracias
que atesoras, quiero.

—

Mas cuando anhelante
la tarea emprendo,
una voz misteriosa me habla
con desdén supremo,
burlándose irónica
de mi loco empeño.
¿Cómo pretender copiar, me dice,
un ser tan perfecto?

—

¿Penetrar profano
el dulce misterio
de esa mujer, cuyas lindas formas
las hadas pulieron?

—

¿Describir sus ojos
de mirar de fuego,
dos estrellas que adrede los silfos
robaron al cielo!

—

Semeja una lluvia
de oro sus cabellos
cuando con arte caen por su espalda
en crenchas deshechos.

—

Para hacer su rostro
que es un embeleso,
sus tonos la rosa, el blancor la nieve
con amor la dieron.

—

Y sus labios rojos,
húmedos y frescos,
el capullo de una flor de sangre
que se va entreabriendo.

. . . . . .

¿Cómo no te abstienes,
me repite el eco,
de voz misteriosa, hacer el retrato
de un ser tan perfecto?

—

¿Cómo no abandonas
tu atrevido empeño
si es imposibles, por más que quieras,
describir sus gracias con tus versos?

—

Yo aquellas razones
con dolor comprendo,
y exclamo abandonando mi tarea:
Es verdad... ¡No puedo!

ALFREDO TRIGUEROS CANDEL.

Blanca 15-9-907

Literatura

Corsarios y piratas, por Don Ricardo Burguete. Precio: 2 pesetas. Casa editorial Maucci. Barcelona.

El notable escritor autor de «¡La guerra! (Cuba)» y «Filipinas», que ya tenia demostrado su valer, acredita una vez mas sus relevantes méritos.

Si como estratego ha merecido justos plácemes, reformando la táctica de operaciones, como literato no deja nada que desear, porque sus trabajos, basados en la realidad, muestran que es un espíritu cultísimo, poco dado á las ilusiones ridículas de otros escritores.

En «Corsarios y piratas», narraciones de inestimable merito, prueba que sus conocimientos en la materia son vastísimos, sorprendentes. Uno á uno hace pasar por frente á los lectores los tipos más famosos de esos bandidos de mar, refiriendo sus particularidades, sus hechos, y nos dá la impresión intensa de su conocimiento.

El derroche de erudición que hace, practicado con sin igual talento, pone un sello tan especial á su trabajo, que los amantes de los buenos libros, los que gustan de las novedades valiosas, deben adquirirlo enseguida, en la seguridad de que compran una obra estimable.

Precio del ejemplar: dos pesetas.

Un artista murciano

MANOLO ALBALADEJO

Los periódicos de Cataluña, muy parcos siempre en lo de elogiar á artistas de otras provincias, tributan estos días justísimos elogios á un actor murciano muy notable, que por su modestia, tan grande como su valía, ha conseguido colocarse en primera fila, logrando resonantes triunfos.

Manolo Albaladejo, pues este es el actor mencionado, desde la época en que principió á trabajar en la compañía de Lino Ruiloa ha adelantado mucho, muchísimo, conquistando en reñida y porfiada lid el puesto que hoy ocupa entre los tenores cómicos mejores. Ya aquí, cuando comenzó á trabajar, se le auguró una brillante carrera por sus excepcionales dotes para caracterizar y decir con soltura envidiable sus papeles; pero las predicciones se han quedado muy atrás en lo de referir su valía y hoy triunfa por esos escenarios de modo prodigioso, causando en sus colegas no poca envidia.

Sus facultades, tan grandes como su talento, hacen del diminuto Manolo Albaladejo un actorazo que se lleva los públicos de calle, produciendo en todos los teatros donde debuta un sentimiento de simpatia tan grande, que á poco se hace el preferido, el niño mimado de la concurrencia.

En Barcelona, donde trabaja actualmente, ha conseguido tales triunfos, que una revista muy importante, *Crónicas del arte*, dice de él entre otras cosas: «Es un diminuto actor cómico que se crece ante el público, siendo considerado hoy como el rey de los tenores cómicos.»

«Sus brillantes facultades permitirianle cantar género grande, mas su estatura y aficiones retiénenle en el *chico*. Entre las obras grandes desahogadamente ha cantado «La Tempestad». Claro está que cuando llega «La Golfemia» ú otra obra que se las traiga para el tenor, sabe Albaladejo salir airoso, conquistar el aplauso y hacer quedar bien á la empresa. Esto más que nadie podría testimoniarlo D. Ramón Calsals, á quién defendió en Valladolid una temporada de *diez meses* de continuo trabajo de tenor; y la que efectuó en el Principe Real de Oporto, una de tan larga duración como pesado trabajo, etc., etc.»

Diez meses de contínuo trabajo en una población, más que otro cualquier elogio, dicen lo que vale Manolo Albaladejo, que hace pocos dias, con «El lego de San Pablo» del maestro Caballero, logró otro gran triunfo en Barcelona, á pesar de la afonía que experimentaba á causa de ocho dias de constantes y concienzudos ensayos.

Y es que el actor murciano, que sabe lo que tiene entre manos, no hace lo que otros muchos artistas: descuidar los ensayos. Manolo Albaladejo, ante todo y sobre todo, quiere salir á escena sabiendo la obra y como lo quiere y lo consigue, su carrera es cada dia más brillante, pues sus facultades se desarrollan de manera envidiable con el conocimiento del trabajo que tiene que hacer.

En las temporadas que estuvo en Madrid, por su trabajo concienzudo, hizo que la crítica se fijase en él, aplaudiéndole hasta los más descontentadizos; y lo que ocurrió en la córte, ahora sucede en Barcelona, como acontecerá después en cuantos teatros trabaje.

Nosotros nos congratulamos de sus triunfos como si fuesen nuestros, enviándole nuestro más sincero parabién hasta que podamos aplaudirle aquí.

CARTAGENA

El «Ministro Centero» en esta

Ayer en las primeras horas de la mañana, estuvieron á bordo del crucero «Ministro Centeno» á devolver las visitas que su segundo contramaestre Sr. Huertas habia hecho el dia anterior á las autoridades civiles y militares, el jefe de Estado Mayor de esta plaza D. Francisco Iglesias, el alcalde Sr. Aguirre, y el segundo jefe de Estado Mayor del Departamento D. Santiago de Celis, siendo recibidos con los honores de ordenanza y obsequiados con esplendidez.

Anoche fueron invitados al Pabellón Militar, el comandante interino del buque; capitan de corbeta; jefes, oficiales y guardias marinos, acompañados del Cónsul Sr. Barrioton.

El Pabellón estuvo animadísimo, viéndose en él rebosar el bello sexo.

Nuestros huéspedes mostráronse entusiasmados tanto de la cariñosa acogida que han tenido, como de nuestros hermosas y simpáticas paisanas.

La alegre velada duró hasta las primeras horas de la madrugada, reinando en ella la mas franca y cordial armonía.

Esta noche ha vuelto á repetirse, estando el Pabellón á la hora en que escribo estas cuartillas, rebosante de belleza, que hace resaltarle multitud de luces que le adornaa é iluminan, y la no menos multitud de señoritas que lo alegran con su hermosura y elegancia.

EDUARDO PÉREZ.

16—Septiembre—1907.

ENTIERRO

El entierro de D. Francisco Peña Vaquero, como se aguardaba, fué ayer una verdadera manifestación de duelo, en la que se exteriorizó de manera inconfundible al profundo cariño que se tenía al finado y lo sentida que ha sido su muerte.

Antes de la hora del entierro el paseo del Marques de Corvera estaba repleto de gente, confundiéndose todas las clases sociales en un mismo sentimiento: en el de la sensible pérdida.

Los obreros que llevaban los estandartes, los que conducian los blandones, los que soportaban sobre sus hombros el severo ataud que contenía los despojos mortales del anciano querido y respetado, los que figuraban en el acompañamiento, todos, mostrando en sus rostros las huellas del hondo pesar que los embargaba, contribuían á hacer más solemne la conducción del cadáver, llevando á cuantas personas presenciaban el paso del entierro la convicción de que se sentía intensamente la defunción del venerable muerto.

Las virtudes y méritos del Sr. Peña, haciendo popular su nombre, dieron esta tarde un buen contingente de personas al entierro, por lo que en todas las calles